

Las cabriolas de la maldad

'Der dāmon' ('El demonio'), una producción de la Junta, se estrenó en las tablas del Centro de las Artes Escénicas ≡ Danza contemporánea retorcida y sin inocencia

CELIA SÁNCHEZ
SALAMANCA

Una luz roja. Hojas secas frente al telón cerrado. Sonidos de ultratumba. Cuando se descubre el escenario, Pedro Halffiter (al frente de la dirección musical de *Der dāmon*, *El demonio*, primera producción de la Junta en el apartado de danza contemporánea), de negro, fuma. ¿El diablo? El decorado es impactante. Los músicos de la Orquesta de Cámara Andrés Segovia están aletargados sobre sus instrumentos, en las tablas, codo con codo, respirando el aliento de los bailarines. Los atriles parecen robados del castillo del Conde Drácula.

La danza —que comienza inspirada en la banda sonora de Josep Sanou— dibuja seres poseídos, como alucinados. Ocho. Cinco mujeres y tres hombres. Una de ellas se acerca a Halffiter y le entrega la batuta prendida en el pelo. Los músicos se desprezezan. Los bailarines se recrean en sus movimientos espasmódicos, teatrales, logrados. La música comienza a sonar en directo tras un chirriante afinamiento que contribuye a ese engendro infernal que sale de la coreografía de Sabine Dahrendorf.

Sus protagonistas no son nada angelicales. No existe la delicadeza en lo que ejecutan sobre el escenario. Todo es brusco. Personajes retenidos a la fuerza que intentan escapar. Hombre y mujeres, hombres y hombres, mujeres y mujeres



J. M. GARCÍA

► LA MÚSICA

El montaje consigue fusionar la música con la labor de los bailarines

enfrentados, rechazados, heridos, odiados. Desplazados.

Al fondo, una estructura de madera y metal es una especie de máquina de los horrores. Los silencios (varios e intensos) son oasis de calma en la interpretación musical, que se fusiona al completo con el espectáculo, consiguiendo realmente ese mensaje total.

Los momentos

Una bailarina (rasgos orientales, la mezcla cultural es una de las bases de la compañía) se acerca al público adentrándose en una estructura de tierra sobre hojas secas. Se retuerce. De ella extrae tótems primarios. Pero poco dura la inocencia en el infierno. A medida que el montaje avanza hacia su ocaso —unos 45 minutos largos de duración, algo más de media entrada en el Artes Escénicas— se presiente que no habrá clemencia. En el péndulo del tiempo se incrusta una de las bailarinas; otra se deja caer de una cuerda y un ser (¿la muerte?) se arrastra atravesando el escenario de parte a parte.

En ese final elíptico, Halffiter abandona el barco fumando. Todos se van. Paso al negro, y fin. El demonio permanece. ≡

► Danza ► Primeros compases de *Der dāmon*, ayer.